



ALAGON.

ADVERTENCIA.

El retraso en que estaba la publicación del SEMANARIO, por causas independientes de nuestra voluntad, y la circunstancia de haber respectado cuatro números en esta semana, por ponerle al corriente, ha hecho imposible la confección del índice, con la oportunidad debida para distribuirle hoy. Muy pronto repartiremos el Índice, portada y cubierta del tomo que hoy concluye.

Debemos advertir, para evitar equivocación, que por un error de imprenta, se puso á los números 41 y 43 la fecha del 14 de Octubre, habiendo seguido por esta causa el retraso de una semana en las fechas, hasta el número 51, en que notada la equivocación, se restableció la exactitud de la fecha. La numeración, sin embargo, que es lo mas importante, está bien en todo el tomo.

ALABONA.

La antigua villa de Alabona (hoy Alagon) se encuentra situada á cuatro leguas de distancia de Zaragoza, por la parte del O. Ya fue llamada de los moros con el nombre de Alagon por el rey D. Alonso el Batallador en el año 1119; esto es, uno mas tarde de la conquista de Zaragoza por el mismo. Rederé la tradicion, que habiendo observado D. Alonso una gran claridad en medio de las negras sombras de la noche, se dirigió al punto de donde al parecer el resplandor partía, acompañando de algunas de sus tropas, cuya luz les guió á la villa de Alagon; y habiendo llegado al castillo donde los moros estaban, hallaron dormidos los centinelas; así que no les fué difícil la entrada: de tal modo el espanto y turbacion se apoderaron de los infieles al ver dentro de aque muros á los cristianos, que se pusieron en precipitada fuga dejando una bandera, que hasta principios del presente siglo se ha conservado suspendida en la bóveda del altar mayor de la iglesia, erigida en el mismo sitio bajo la advocacion de Nuestra Señora del Castillo, en memoria del suceso, y cuya patrona es de la villa.

Alagon era villa de las que tenían voto en Cortes; y aun estas se

reunieron en ella mas de una vez. El día 24 de Agosto del año 1156, tuvo lugar una entrevista en la misma, por los reyes D. Alonso VII de Castilla y D. Ramiro II de Aragon, á fin de ajustar ciertas diferencias que entre ellos existian; en ella convinieron que la ciudad de Zaragoza fuese restituida al señorío de Aragon, y que por D. Alonso quedase la villa de Alagon, Calatayud y demás pueblos que se hallan á la derecha del Ebro.

Hallándose el rey D. Jaime el Conquistador en la villa de Alagon el año 1224, trataron de apoderarse de su persona, el infante D. Fernando, D. Guillen de Moncada y D. Pedro de Ahones, persuadiéndole al efecto á que fuese á Zaragoza so pretexto de exigirle la tranquilidad del pais.

En 1283 pasó á Alagon el rey D. Alonso III llamado el Liberal, descontento de las intenciones que los de la union habian manifestado en las Cortes de Zaragoza; pero deseando calmar aquellas turbulencias, volvió á convocarlas en dicha villa: tambien D. Jaime II el Justo celebró cortes en la misma. Antes de la muerte del rey D. Fernando el Católico sucedida en 1516, fué señalada como por prisiona al conde de Aranda y á 7 de Marzo del siguiente año fué en Alagon donde el arzobispo de Zaragoza ordenó su despacho á Antonio Moreno para pasar á Flandes, y aplicar al rey viniese á España. En 1525 fué la última poblacion en que residió el consistorio de dipu años, que por la epidemia de Zaragoza estaba fuera de aquella ciudad. El 2 de Abril de 1767 la villa de Alagon fué testigo del mas solemne y delicado golpe de Estado que quizá se haya dado en España; debido á la sagaz política del rey D. Carlos III, y á la no menos inteligente de su secretario el conde de Aranda, descendiente del que hemos hecho mencion. A las once de la noche sonó un clarin con voz preventiva, y dos alabanzeros dados en la portería del colegio de padres Jesuitas resonaron con eco tembloroso en el interior de aquellos vastos y solitarios claustros y galerias: un destacamento de caballería habia rodeado el edificio y tendido todas sus arendas: advertida y presente toda la comunidad, el jefe de la escolta intimó la rindirino al superior y demás subordinados en nombre del REY. Los motivos que pudieron inducir al monarca á medida tan figurada se ignoran; á lo menos sobre este asunto se hicieron

muchos comentarios, aunque no sea difícil entrever las éntenas que lo produjeron. Los jesuitas fueron inmediatamente embarcados y deportados á Italia.

El acontecimiento mas reciente y digno de notarse acaeció en la villa de Alagon, tuvo lugar el 14 de Junio del año de 1808: rotó el al sublevamiento del pueblo español con motivo de los tristes sucesos del memorable 2 de Mayo, Zaragoza habia sucedido tambien su yugo y puesto á las órdenes de su joven caudillo D. José Palafox y Melic: noticioso éste de la derrota sufrida por su hermano el marqués de Lizaola en la batalla de Tudela, salió el referido dia de Zaragoza con quinientos soldados de línea, varias cuadrillas de paisanos mal armados, cuatro piezas de artillería, sobre doscientos caballos del regimiento de dragones del Rey y varios gefes y soldados sueltos. Ours franceses que fueron hechos prisioneros por los primeros que llegaron de Zaragoza, á la que fueron conducidos; lo que sirvió para ascitar mas el entusiasmo de los españoles. El general Palafox arribó á Alagon sobre las once de la mañana en medio de aquella gente tan llena de buen daseo, y colocó en la izquierda de la villa los quinientos hombres de tropa, y los doscientos caballos en el centro los paisanos con escopetas, sostenidos por otros emboscados en los olivares de la derecha: una de los cañones se puso en el puente de Jalon, dos en la ladera (hacia del pueblo), y el otro en las inmediaciones. Palafox se hallaba en las bóvedas de la iglesia de San Pedro, cuya elevacion le permitia dominar el campo, y desde donde daba sus disposiciones: observado por el enemigo, bien pronto dirigióse sobre aquel punto dos certeros tiros de bala rasa, cuyas huellas pueden verse hoy dia.

Los franceses venian en tres divisiones y por tres distintas caminatas: los voluntarios españoles llevados de un entusiasmo precipitaron el ataque, y las tropas de la izquierda sostuvieron el fuego con bastante tesón, hasta que comenzó á obrar contra ellos la artillería y caballería enemiga: continuaba el fuego de las guerrillas, y al ver que las grandes masas no cargaban, sospecharon que podian sortarles la retirada, así que advertidos de este peligro en los momentos mas criticos, principiò la dispersion á tiempo que los franceses casi se hallaban á las puertas de Alagon.

Desde este momento todo se convirtió en confusion y aunque se trató de retirar las piezas de artillería, ya era tarde; de modo que todo hubo que abandonar: los que pudieron ponerse á salvo apelaron á la fuga (Lucas Palafox) tomando veredas hasta llegar á Zaragoza, jadeando y agoviado por la derrota y el cansancio, pero con sobrado silencio en el corraon. Los franceses luego que se desvaneció la muchedumbre, entraron en Alagon donde comietieron todos género de excesos, asesinatos y robando cuanto pudieron haber ó los unos. ¡A! terminó aquel dia que no era mas que el preludio de la batalla llamada de las heras, acaecida en Zaragoza en el inmediato dia 18, cuya heroica accion quedará grabada con letras de oro en las páginas gloriosas de la historia de nuestra independencia!

La villa de Alagon está situada en una espaciosa llanura entre la ribera derecha del Ebro, y la izquierda del Jalon y á distancia de una hora escasa de la grande obra llamada la muralla en el Canal Imperial, uestimonia vivo del génio audaz del inmortal Pignatelli: alcanza una cierta alegría y una atmósfera sumamente despejada. Tiene una iglesia parroquial bajo la advocacion de S. Pedro Apóstol, siendo su fabrica de arquitectura gótica, además hay la de S. Antonio el Real, patrono del pueblo, la cual padeció mucho durante la dominacion de los franceses, y perteneció anteriormente al estinguido colegio de PP. Jesuitas. La de la Virgen del Castillo, patrona igualmente de la villa desde tiempo inmemorial sostenida por una cofradía de hidalgos: habia un convento de PP. Agustinos y otro de religiosas franciscas: el primero se cerró cuando la esclavitud en 1835, y el segundo há sido últimamente abandonado por las monjas que habia en el número de seis, con motivo de la redaccion de estas órdenes mandadas por el gobierno, habiendo preferido el dejarlas espontáneamente, á verse en la necesidad de admitir en su seno otras compañeras de religión, ó ser ellas mismas trasportadas á otro convento.

A los vecinos de Alagon se les suele llamar por los de los pueblos inmediatos, *los del Salmon* por un chascarrillo así curioso, que dicen sucedió en esta villa, aunque nadie fija la época en que tal acaeció. Cuenta que habiendo llegado á la posada un arriero con dos cargas del referido pescado, en ocasion que en Zaragoza escaseaba este género de comestible, á los de Alagon se les antojó el probarlo á toda costa: al efecto hicieron al arriero abrir una de las cargas, y despacharla, obligándole los de Alagon á pagarlo al precio mas elevado que en Zaragoza se vendiese. Al dia inmediato marchó el arriero á la capital, y contando su conta en la plaza, y llegado á noticia del regidor que se hallaba de cuenta en el pazo, este hizo que el arriero vendiera una onza de Salmon, teniendo la humorada de abusar por ella una onza de oro en una pieza. El arriero vendió muy pronto á buen precio la carga y tomando el correspondiente testimonio de cómo en

Zaragoza se habia pagado la onza á 536 rs., marchó por la tarde á Alagon, donde se presentó con su documento en regla reclamando á igual precio el valor de la carga que habia dejado (que por cierto pesaba algunas arrobas). Aqui fueran los apuros de los de Alagon, que como al presente no tuviesen para satisfacerle, convinieron en darle cierta cantidad y se obligaron á pagar un censo anual con lo que el arriero quedó satisfecho y volvió contento á su casa.

Estó cuenta, así como el del barbe de Ochoa, la Sala de Villa Mayor, la *balsa de la cubada* en Almodóvar y otros se ha conservado hasta nuestros dias, y nosotros así lo transmitimos deseosos de distraerlos un rato y emborrascar unas cuantas líneas en las páginas de SEMANARIO.

EXTRACTO DE UN ENSAYO INÉDITO

SOBRE LA SÁTIRA LATINA.

Sátira quidem tota nostra est, dijo Quintiliano, envejecido de encontrar por fin un género de poesia nacional entre sus compatriotas. Y es efectó, aunque el espíritu satírico haya sido propio de todos los tiempos, no se ha aplicado á las letras bajo la forma concreta de la *sátira*, hasta que estuvo bien avanzada la civilizaci6n de Roma. Y un es de notar que despues de Juvenal, rebasó otra vez del cauce latino, desparáramindose al llegar á los tiempos modernos en multitud de ramificaciones, en poemas como la *Durna Commedia*, en drama como el *Hipocrito*, en novelas como el *Quijote*, en tanto que Bouteru, Pope y los demás secuntes de la tradicion romana, los que pretendieron conservar limpias de toda contaminación las máximas escolásticas, solo acertaron á producir juguetes académicos sin importancia social ni influencia de ninguna especie. El autor de las *Instituciones* asentó, pues, una verdad todavía mas abajeta que el presuntú. La *sátira* es producción de Roma que tiene sus gérmenes en Grecia y se pierde en la edad moderna, como un río que formado de diversos manantiales, recorre majestuosamente su camino y toca su término, mezclándose con las aguas del Océano.

Anotado de esta suerte el terreno, cumplé á nuestro propósito parangonar los tres satíricos latinos cuyas obras se conservan íntegras, á saber: el moelle Horacio, el rígido Persio y el impetuoso Juvenal á quien sus mismos contemporáneos (los envilecidos sábitos de los siete últimos Césares), aplicaron el honroso sobrenombre de Juvenal el *Eleanco*. Así averiguamos cuál de ellos correspondió mejor á las necesidades de su época y á exigencias del género en que trabajaba.

Mas, ya que no entramos á delimitar cuáles sean estas, detengámonos primero á fijar bien su importancia moral, puesto que si la *sátira* goza el privilegio de interesar, y commover al público mas hondamente que ningun otro escrito, es objeto de prevenciones injustas, y tiene la triste compensaci6n de escribir el menosprecio á el encuentro contra sus autores.

Hombres de buena voluntad, que se ruborizarían de baldonar los mas escandalosos extravíos de la especie humana, presuman de hacer gran servicio á la sociedad denostando á los escritores satíricos. Anticipase á todas las protestas el anatema de las almas candidas, el estupor de los corazones facilmente ensuadizados. Para ellos el acto de desenmascará el vicio solo corresponde á la vil maldad, quien tal hace, ó es un ante venenoso, casi pensable por los tribunales, ó un dégrádado aunque útil, á la manea de los ejecutores de justicia.

Tímidos y benévols, ellos son los que preparan la atmósfera para el alborotado clamoreo que contra la *sátira* va propagándose de siglo en siglo.

Ambrosios de la hija de Licambo, dicen sinceramente alarmados. Glorioso el amar propio de un hombre con su honesta esquivanza; pero era poeta ese hombre y esgrimió en venganza sus armas formidables. Vuela el jamba arquelóquico de boca en boca, y en medio de la general algazara, precipita en el suicidio á la infortunada doncella y á su padre.

Ved al divino Sócrates vertiendo entre la juventud los benéficos gérmenes de su moral que ennoblesce el espíritu y purifica el corazón. Pero allí en el Aeropagitó de Atenas se congrega la gente á presenciar muy diverso espectáculo: la mano de Aristófanes, sangrienta y juguetosa como la del tigre, arrastra allí á la vergüenza al venerable maestro, lo revuelca en cinizas inmundicias, y los espectadores se ríen. Entonces ese Sócrates en manos de sus jueces y bebe la cicuta.

A favor de este pánico, asoman despues todos los que ven en la *sátira* un digno queso á sus demasías; vienen detrás los privilegiados que profanada el arma vengadora de la justicia, la convierten en instrumento de sus bastardos propósitos. Puedan los unos en diáfano

ejemplo el campo que personas limpias les dejan franco; y el látigo de Némesis que solo debieron blandir manos generosas, oscila ampuado por la perversidad y la locura. Los otros, los que á la malicia reúnen la impotencia, atizan con hipócrita grito la indignación común, vomitando depestes contra el arma que les libera.

—Temednos como á la peste, claman los unos. Estraviviremos. Si nos place, á la sociedad basta conjurarla en vuestro daño; si, os acordaremos con el azote, hasta que vengados de la desesperación, os entreguen vosotros mismos al brazo de las furias. Cuenta con matar nuestros caprichos. Recordad las palabras de un hombre que lo entendía. «Nadie es feo, si tiene buenos dientes.»

A lo cual contestan la maldad impotente y la raudidez rutinaria con uérvos y más desahogados alaridos.—¡Hé ahí á los autores de sátiras! Todos son lo mismo!...

¿No predicó Horacio la cobardía, no escandalizó los oídos cantos y enseñó la moltría? ¿Pendió siquiera á su autorseñor y maestro Ercio?

¿Y Ercio, el que se envanecía de su virtud, no se atrevió á hacer escarño de los defectos corporales? ¿No adoló Marcial en cambio al despreciable Domiciano? ¿No vilpendió Cesto al culto Cicerón, y Amer al delicado Virgilio?

¿Qué objeto respetable se ha salvado de sus diatribas? el mismo Milton (no mojó en biel la pluma para zaherir á un rey infartado)? ¿No se han hecho sátiras contra los Pspas? ¿No compuso Arético sonetos contra las santas indulgencias? ¿No encubrió otro con el título de la *Crístiada* un inmundo poema?

La sociedad rechaza á esa gente de su seno.

Buscad en la historia la huella dejada por los individuos de tan ponzoñosa y abominable secta. Sin salir de Grecia, veréis unos asesinados (1) otros muertos de hambre (2), otros lanzados al mar (3), otros provados de la vista (4), otros respeñados (5), crucificados, apedreados ó quemados vivos (6).

Atense misma presentó las comedias de Aristófanes; Roma en los primeros albores de su cultura, suprimió los versos femeninos. No hay pueblo medianamente legislado que, si consiente el ejercicio de la sátira, no lo sujete á una inspección gubernativa y á una corrección penal, como las más viles y peligrosas profesiones.

¿Qué más? Al tratarse de la sátira, se ha dejado de juzgar al escritor por sus obras, buscando en razones personales y bastardas la explicación de su conducta. ¿Podía formular el autor alguna queja contra la naturaleza ó la sociedad? ¿Oran descubrimiento para negarle competencia y buena intención? ¿A qué atribuirá sino al desprecio y á la envidia las frases de dos miserables libertos, como Horacio y Juvenal de un artesano, como Teofrasto, de un vil cólico como Molinos? ¿Qué benevolencia podía tener para el género humano un contrabhecho como Esopo, un ciego como Milton, un eunuco como Boileau, un manco como Cervantes, un zambó como Quevedo, un esterado como Pope, un cojo como Byron?

No desconsideremos á repeler citas con citas; no nos empeñaremos en la refutación de solitarias acusaciones que tenemos haber espuesto con harta profundidad. A los que disputan á la sátira su derecho de existir y comprendan cómo una noble indignación puede haber versos, les presentaremos el cuadro siguiente.

Cien años permaneció leudido sobre el mundo el cetro de hierro de los emperadores romanos conocidos con el nombre de los doce Cesares. No existió en memoria de hombre un período de tan portentoso abatimiento, una muestra tan palpable de los extremos á que puede llegar la naturaleza humana por las vías de la corrupción como aquella ominosa época.

Julio César había dominado por el prestigio del talento y de las armas. Su sucesor Augusto, el primero que osó arrojarle de por vida la dignidad imperial, quiso asentar su mundo sobre mas vulgares bases, é hizo de la *habilidad* y la *seducción* sus dos medios de gobierno. Ganó en ello el mundo una *paz octoplana*; pero perdió los vestios de su malparada dignidad porque á la opresión se añadió el envilecimiento. Al peso de la espada se unió el de las cadenas; la sangre se mezcló con lodo. Muerto Augusto, fructificó el terreno por él preparado; pues no hay ejemplo en la historia de haberse malogrado jamás la germinación de vicio las semillas; sólo las convulsiones producidas por el exceso del mal en pueblos enfermos, tienen fuerza suficiente para obligarlos á administrarse el remedio.

Así es que en tiempo de los Domínos y de los Flavios, el pueblo romano, canso de la libertad y emporio de la civilización, yacía sumido en la peor de las esclavitudes y en la mas repugnante de las barbaries; cuerpo decrepito, estragado, reducido á la idiotex por el abuso de los dectes, había caído al nivel del embrutecimiento primitivo. Al pasar la vista, á distancia de mil ochocientos años por los fastos de aquellos reinados, embarga el ánimo una impresión de estupor que ni da tiempo al estudio ni concede siquiera campo á la mera inteligencia de los sucesos. Un sentimiento de insoportable repugnancia es cuánto hoy dejan tras sí las admirables páginas de Tácito y de Suetonio. Se ha perdido la clave de aquellos dramas cruentos y nauseabundos; no tiene el hombre cristiano y civilizado del siglo los suficientes puntos de contacto con tan singulares personajes para explicarse su fisiología. Semelante á un cadáver sometido á la acción gástrica, la sociedad europea nos ofrece un espectáculo fuera de los terrenos naturales, una serie de actos contradictorios, una amalgama de vida ó muerte, de afirmaciones y negaciones, llená de horribles contrastes.

Allí la inmortalidad llevada á sus últimos límites en las áltas regiones del estado ó aislada por la inmortalidad de las clases inferiores; la mas vergonzosa degradación se pone al servicio del mas desenfrenado despotismo, y nunca se pudo decir con testimonios mas irrefragables que los gobernantes de un pueblo son en todos tiempos dignos de sus gobernados; que son tan buenos ó tan malos como la sociedad en que viven los merece. Basta recordar que, aunque después asesinado, monopolizó Neron por largo tiempo las simpatías de la gente romana, y que el prestigio de su nombre dió sucesivamente aliento á tres impostores para reclamar el impulso á favor de una semejanza de facciones con el tirano difunto; triple evocación del sepulcro y muestra de amor póstumo que solo ha obtenido hasta ahora Neron el incendiario, el adúltero, el incestuoso, el esopó y la esposa de sus esclavos, el sacrilego, el parricida.

Dijérase que la naturaleza misma, contagiándose con la universal corrupción, tomaba interés en la partida y multiplicaba sus fuerzas para producir monstruos, pues exceptuando á Otton, Vespasiano y Tito, apenas es lícito dar el nombre de humanos á los extraordinarios seres que fueron trasmitiéndose la diadema de los Cesares desde Tiberio hasta Domiciano. Cuando el puñal atajaba los desmanes del uno, se encontraba ya dispuesto en el Capitolio, en el foro ó en el Campó pretoriano un sucesor capaz de igualarle ó sobrepujarle; si quiera fuese cogido al azaso, siquiera el buscar monarca, se le encontrase oculto bajo un mueble, como aconteció con Claudio. Muert Tiberio, hubo un Calígula que lo reemplazara y á mayor abundamiento, Neron nació á los nueve meses; como si la tierra no hubiera querido burlarse en la procreación de otro Granó tiempo mas largo que el que necesitó una mujer para llevarlo en su seno.

En medio de aquella atmósfera de sangre y podredumbre se vive con la frivolidad y el descaído propios de pueblos cuya máquina de gobierno funciona con cahal concierto; los mas feroces asesinos son los mas afeminados; aquellos mismos que insultan diariamente la naturaleza y prostituyen la dignidad humana, llevan al mas sobido punto ese amor á lo bello que embaltece el alma y suaviza las costumbres. Todo es disorde, disparatado absurdo. Hay un senado que eleva la lisonja al nunca visto grado de la amenaza, ordenando en términos airados al príncipe lo que sabe que el príncipe desea. Hay virtuosos que se suicidan, maldiciendo la tiranía, y el hacerlo legan al tirano sus cuantiosos bienes. Las causas y los efectos se presentan siempre en tan abierta pugna, y es para desesperar de las reglas comunes del raciocinio, el ver de tal manera su insuñencia para conducir al conocimiento de los hombres y de las cosas.

La enconocida cabeza de Tiberio, el lojuzoso, es hermosa, venerable, augusta, cuando se corona de laurel; su voz, cascada por la edad, suena dulce y armoniosa cuando ordena una ejecución ó encomienda á sus victores el rapto de alguna doncella. Neron no es una fiera, sino un artista; por amor á las grandes esperanzas incendia á Roma y canta mientras Roma se hunde; por culto á las formas bellas desnuda el cadáver de su madre y se cuba en la contemplación del vientre que le dió la vida. Claude es un imbécil, pero adora la severa belleza de la musa histórica; es un cobarde, pero ejercita su pluma en escribir las azañas de Atibal (Sael); no tiene amor á la sangre, pero á fuer de príncipe arqueólogo, mata á sus súbditos por el deseo de renovar suplicios que han caído en desuso. Y para cerrar esta asombrosa serie viene Domiciano, enemigo de los músicos, de los poetas, de los matemáticos, de los filósofos, y de los astrólogos á quienes proscribió; de los historiadores á quienes crucificó; enemigo de todo ser que escribe ó habla, salvo á los delatores á quienes declara agrados; Domiciano, que prohibe *horar*; que se hace dar gracias en pleno senado por cada muerte que dispone; que ocupa sus días en taladrar mocos con un punzón; ante inesplicable, oh dióte

(1) Alas por orden de Ercio: Hipólito el cónico que murió á manos de Alcibades.

(2) Anaxagoras.

(3) Ercio.

(4) Strabon, según Suetonio.

(5) Esopo.

(6) Ercio.

zolo á la voz de su estúpido egoísmo, y que sin embargo depona su eléctrico ceño cuando ve de lejos un niño, le abra á su lado, gusta de darle formales consejos, y parece rivalizar con él en la sencillez de sus afecciones y en el candor de sus palabras.

A vista de tanto desquiciamiento se sobrecoje el alma como ante la contemplación del caos; solo se comprende que es necesaria una voluntad más que humana para crear el orden en tan universal perturbación. Entonces el pensamiento se levanta á Dios y los espíritus religiosos prorumpen en cánticos de adoración mas fervorosos que nunca, recordando cuán á punto se dignó el Salvador ofrecer á nuestra salvadora raza el puerto de su celestis doctrina.

¿Hay por ventura un corazón entero y amante de lo bueno que no hiera en sentimientos de cólera, de dolor y hastio; allí donde aparecen la maldad triunfante y la humanidad ultrajada? Eso es el único que puede, sin inconsecuencia, negar su origen legítimo á la sátira.

Si á tan larga distancia nos arranca todavía palabras de indignación el espectáculo de una sociedad pervertida, con doble razon deberemos honrar á los que, respirando sus infectos miasmas y condenados á morir en medio de ellos, no solo supieron preservarse del común contagio, sino que arrostrando positivos peligros tuvieron valor para formular contra esa sociedad elocuentes protestas.

Y en cuanto á lo demás, ¿puede el abuso de un género literario significar nada que lo haga inaceptable? Ningun poeta inepto ó mal intencionado ha conseguido hasta ahora la *Ilíada* ni la *Enéida*.

Que hombres bajos y cobardes se han servido de la sátira para torcidos fines, es una triste verdad. Pero si rasgos de valor y altos ejemplos de moralidad hacen falta para abonar el género, desafiémos á que se quite algo capaz de destruir la enérgica y *sintrica* elocuencia del hecho siguiente:

Habia escrito Anaxarco no sabemos que invocaba contra Nicereone de Chipre, y el tirano le daba tormento.

—Desocupa cuanto quieras, clamaba el filósofo; no por eso quebrantaré mi alma.

—Calla ó hará que te saquen la lengua.

—No haré tal cosa, afemiozad!

Y cortándola Anaxarco con sus propios dientes; se la escorpió á la cara.

EDUARDO GONZALEZ PEDROSO.

RICARDO DIGBY,

LEYENDA AMERICANA POR NATHANIEL HAWTHORNE.

(Conclusion.)

Sea como quiera, Ricardo Digby estaba contento con su caverna sepulcral. De tal manera amaba aquella mansion simpática, que en lugar de ir á beber á la fuente, apagó la sed con las gotas de agua que sudaba la bóveda, y que, á caer fuera de su boca, se hubieran convertido en piedrecitas. Para un hombre predispuesto á la petrificación del corazón, aquel licor era muy mal sano. Sin embargo, pasó allí tres dias, manteniéndose con hierbas y raíces, bobiendo su propia perdición, y juzgando tan horrible género de vida, casi igual á la felicidad celeste, casi superior, porque en el cielo los ángeles se la hubieran turbado. Al fin del día tercero estaba asentado á la boca de su habitación, leyendo la Biblia en voz alta, porque no le mudó aprovecharse de su lectura, y leyéndola á tropezones, porque los rayos del sol de Occidente no podían llegar hasta las páginas del sagrado libro. Pero de repente una débil claridad cayó sobre el libro, y levantando los ojos Digby, ve una joven en pie á la entrada de la caverna, y su rostro bañado por los rayos del sol, parece que brilla con una claridad que le es propia.

—Buenas tardes, Ricardo. Desde muy lejos vengo á buscarte.

Ricardo Digby reconoció al punto la gracia esbelta y la dulce amabilidad de aquella jóven. Reconocióse Maria Goffe, y los sermones de Ricardo la habían convertido en inglesa, antes de entregarse al exclusivo fanatismo que pesaba sobre él ahora como una mano de hierro, sin que ningún otro sentimiento pudiera hacer en su corazón. Al partir el peregrino para América, ella se habia quedado en el hogar paterno, pero habia sin duda atravesado el Océano delra de él, impelida quizá por la misma fé que hizo emigrar á tantos otros, y quizá tambien por un amor tan santo como esta fé. Y habia sido necesario el amor unido á la fé. Para sostener aquella frágil criatura en su viaje á través de la selva, con su cabellera dorada que se ondulaba en las ramas, y sus pies tejados por las espigas. Por fatigada que se sentiría, á pesar del horror que le causó aquel auto-contemplarse al salir con sus labios de dulzura y compasión, con el aspecto con que

miran los ángeles á un mortal afligido. Pero Ricardo, frunciendo el ceño, le hizo un signo para que se retirara.

—¡Vátele exclamó, yo estoy santificado, y tú eres una pecadora. ¡Vátele!

—O Ricardo, dijo ella con voz suplicante, yo he hecho este penoso viaje porque he sabido que te ha atacado el corazón de enfermedad grave, y un médico muy sabio me ha comunicado el medio de curarte, y no hay otro remedio que el que te traigo. No me despidas, pues, no rechaces mi medicina, porque esta triste caverna sería tu sepultura.

—¡Vátele replicó Digby con aire amenazador. Mi corazón está en mejor estado que el tuyo. Déjame, criatura terrestre, porque el sol va á ocultarse, y cuando no llega la luz á la puerta de mi caverna, comienza mi oración.

Por grande que fuera la fatiga de Maria Goffe, no pidió ella abrigo y protección á aquel hombre de corazón de piedra; no, nada pidió para sí misma. Su celo no tenía otro fin que el bien de Ricardo.

—¡Vuélvete conmigo! le dijo ella juntando las manos, vuélvete al lado de tus semejantes, porque ellos te necesitan, y tú los necesitas á ellos diez veces. No te quedes en esteantro, porque el aire es aquí glacial, la humedad mortífera, y quien quiera que muera en este sitio, no hallará jamás el camino del cielo. Sal de aquí, sal por el amor de tu alma, porque ó esta bóveda va á desplomarse, ó alguna otra destrucción te amenaza.

—¡Mujer perversa! respondió riéndose fuertemente, (porque sus instancias escitaron en él una amarga alegría) yo te digo que el camino del cielo pasa directamente por el estrecho portal en que estoy sentado. Y en cuanto á la destrucción que anuncias, no amenaza á esta bienaventurada caverna, sino á las habitaciones de todos los mortales que pueblan la tierra. ¡Véte muy pronto á fin de que recibas la parte que te toca!

Diciendo esto, volvió á abrir la Biblia, resultó á apartar sus pensamientos de aquella niña, hija de la celda y el pecado, y á no pensar por ella un soplo de su santa vida. En esto, la sombra era tan densa en torno suyo, que se equivocaba muchas veces leyendo, y cambiaba las palabras de misericordia en anatemas de venganza contra toda criatura, excepto él mismo. Entre tanto, Maria permanecía apoyada en un árbol junto á la caverna, llena de tristeza, pero con cierta cosa celestial y elérea mezclada á su dolor. Todavía la hacia resplandecer el sol de Occidente, y reflejando débilmente su luz en el oscuro suelo para revelar tinieblas tan terribles, que la jóven temblaba por aquel que lo habia escogido para su morada. Despues, observando era limpio ancestral que se hallaba cerca, corrió á él y cogió agua en una taza de corteza de abedul. Algunas lágrimas cayeron en la taza, dando quizá toda su eficacia á la poeión. Maria volvió á la entrada de la caverna y se arrodilló á los pies de Digby.

—Ricardo, le dijo con calor y dulzura juntamente, te suplico por la esperanza del cielo, y si no quieres permanecer siempre en esta tumba, que bebas de esta agua santificada, aunque no sea mas que una gota. Despues déjame sentir á tu lado; juntos leeremos una página del libro sagrado; por fin, arrodílate á mi lado, y oremos los dos. Haz esto, y tu corazón de piedra se volverá mas tierno que el de un niño de pecho, quedando todo bien.

Pero Digby, á quien esta proposición habia horrorizado, arrojó la Biblia á sus pies, y miró á Maria tan fija y sombríamente, que parecia su mirada la de una estúpida, trabajo de alguna escultor melancólica que se hubiera propuesto reproducir en una figura humana el triste estado de su imaginación. Y á medida que la miraba de Ricardo cambiaba un tanto mas diabólico, Maria se ponía mas afligida, mas dulce, mas compasiva, mas semejante al ángel del dolor. Pero cuanto mas celestial era su aspecto, mas odiosa le parecia á Digby, que levantó por fin la mano y derribó la copa de agua santificada, rechazando así el único remedio que hubiera podido curar su corazón de piedra. Un suspiro profundo llenó por un momento la atmósfera, y se disipó un instante despues.

—No me hientes mas, mujer malvita, exclamó con su acento de mármol, ó hará contigo lo que con la copa. ¿Que tienes tú que ver con mi Biblia?... ¿En mis oraciones? ¡En mi cielo!...

Apenas pronunció estas terribles palabras, cayó su corazón de tal.

Respecto de Maria Goffe, la leyenda dice que se desvaneció con los últimos rayos del sol, y que sabió desde la caverna sepulcral al cielo. Porque hacia muchos meses que Maria Goffe habia sido enterrada en Inglaterra. ¡Era su sombra la que visitó aquel bosque salvaje, ó bien un espíritu, tipo de la religion pura!

Cerca de un siglo mas tarde,—la sátira, impenetrable é en tiempo de Ricardo Digby, hacia largo tiempo que estaba sembrada de colonias,—los hijos de un granjero de las cercanías jugaban al pie de la colina. A pesar de las desigualdades del terreno, los árboles no habian sido nunca rotados en su cima, y tan espesas estaban, que apenas deja-

han ver algunas prominencias peladas. Un muchacho y una niña jugando al escondite con sus compañeros, habían penetrado hasta el sitio más sombrío, donde no solo los negruzcos pinos, sino un montón de plantas rastreras impidieron penetrar mas que mediana claridad al mediodía, reñando el resto del día una oscuridad casi completa. Allí se habían ocultado los muchachos, gritando y repitiendo sus gritos á intervalos hasta tanto que los que los buscaban, llegando y separando el follaje, dejaron entrar una dudosa claridad. Pero al mismo tiempo dieron un grito de terror simultáneo los muchachos, y bajaron á todo correr de la colina, dirigiéndose á casa sin volver á mirar por segunda vez el objeto que los asustó. Su padre, no pudiendo comprender lo que los había aterrorizado, cogió su hacha, derribó uno ó dos árboles, arrojó las plantas rastreras, y sacó á luz el misterio. Había descubierto la entrada de una caverna semejante á un sepulcro, en el que había sentado un hombre, cuyo gesto y actitud mandaban retroceder; su rostro tenía la expresión de una amenaza implacable.

Aquel personaje áspero parecia cortado en la piedra oscura que formaban las paredes y la puerta de la caverna. Después de un atento examen se descubrieron defectos que hacían dudar si era realmente una piedra, producto del arte, un poco maltratada por el tiempo, ó un capricho de la naturaleza, que había querido imitar en piedra su obra de barro. La idea menos extravagante sugerida por aquel extraño espectáculo, era quizá esta, que la humedad rezumada poseía una virtud petrificante que había contribuido á conservar en tal estado aquel terrible cadáver.

Habia cierto no se qué horrible en el aspecto de aquel hombre de piedra, que el extranjero, una vez repuesto de la fascinación que sufrió de pronto, comenzó á amontonar piedras á la entrada de la caverna. Su mujer, que lo acompañó, unió sus esfuerzos en los de su marido. Hasta los niños se acercaron cuando les permitió el miedo, y con sus manecitas llenas de guijarros, aumentaron la obra de sus padres. Los intestinos se taparon con tierra, y todo fué cubierto de céspedes.

Así desaparecieron todos los vestigios de aquel descubrimiento. Solo quedó una leyenda maravillosa, cada vez mas singular, conforme pasaba de generacion en generacion, de tal modo que pocas gentes creen hoy en la existencia de una caverna y una estufa donde no se vé mas que una pendiente llena de céspedes en el estado de la sombra colina. Sin embargo, los ancianos se apartan de aquel paraje, y los niños no van ya á jugar en él. Que la amistad, el amor y la compasión, y todas las simpatías del cielo y de la tierra se mantengan lejos de aquella caverna escondida, porque ella es y será siempre, á no ser que un terremoto haga desplomar la bóveda sobre su cabeza, la mansion de Ricardo Digby, en la actitud de un hombre que repele á toda raza, no lejos del cielo, sino de la horrible soledad de su frio y sombrío sepulcro.

EL CALDERERO DE PUERTA-CERRADA.

Hay en Madrid una puerta que nunca se abre ni se cierra por la sencilla razon de que no es puerta, lo cual no impide que llevé el nombre de puerta, y lo que es mas, de Puerta-Cerrada.

Verdad es que para esto de puertas sin puertas no hay otro Madrid en el mundo, pues o esta ademas de la suadicha Puerta-Cerrada, otra que se titula Puerta de los Moros, sin que se encuentre por allí señal alguna de puerta, ni de moros, aunque hablando francamente, tampoco tienen las mejores trazas de cristianos los que frecuentan aquel sitio; y después de la Puerta de los Moros, así se quiere antes que esta y que Puerta-Cerrada, goza de cierta celebridad la Puerta del Sol, que tiene tanto de puerta como de ventana. Las tres indicadas puertas son tres plazas irregulares que se diferencian tambien por la rueda de habitantes á que sirven de eje cada una.

No hablaré de la Puerta del Sol, porque ya lo he hecho en otro D. Antonio Flores. En cuanto á la Puerta de los Moros, diré que es un punto inmediato á la Plaza de la Cebada, donde está el mercado mas abundante de la capital, y esto basta para deducir la clase de habitantes que debe abrigar en su seno y en sus inmediaciones. Una observación haré aun que puede darnos los aceros de la etimología del nombre que lleva dicha plaza llamada Puerta de los Moros. No lejos de dicho punto hay un barrio solitario como el desierto, suyo como un pantano, y de tan difícil tránsito por la desigualdad del terreno que ocupa como cualesquiera de los mas escarpados de los tres del monte de San Bernardo. A este barrio se le conoce con el nombre de la Morería, lo cual indica el origen árabe de aquella parte de Madrid que debia terminarse en la plaza de Puerta de los Moros. Lo mas que sobre este particular puedo yo decir, es que si dicho barrio no estuvo habilitado por los moros, fué el asilo de los moriscos hasta

su expulsión en tiempo de Felipe III. No será, pues, una extravagancia el suponer que allí donde había una puerta se hizo una plaza para dar mas ensanche á la población, y que dicha plaza conservó como el barrio de la Morería, la denominación alusiva á los desgraciados moriscos, que después de abjurar la religion de Mahoma, fueron llevados por un rey Católico á las costas africanas, donde los degollaban por haberse bautizado. Lo que ayuda á probar mi asercion es que todo el barrio, de que la Puerta de los Moros puede considerarse como centro, es acaso el mas industrioso de la capital, como si sus actuales moradores representasen la actividad tradicional de los moriscos, los cuales, segun la historia, suscitaron la persecucion de que fueron victimas por su laboriosidad. Allí, como he dicho, está el gran mercado de la Plaza de la Cebada; allí cerca se halla el Rastro, de cuya industria solo se tiene un rastro en el Templo de Paris; allí, no muy distante, en fin, está Puerta-Cerrada, donde vivia la notabilidad que sirve de epigrafa y de asunto á nuestro artículo presente.

Puerta-Cerrada es el centro de otro laboratorio industrial; allí están generalmente los comercios de obras metálicas, desde el humilde clavo hasta el brillante perol; desde el cuchillo romo á la afilada lanceta; desde las tijeras mas ordinarias que puede usar un esquilador, hasta las mas delicadas que puede desear una remigada bordadora. Así, ya se sabe, el que quiere comprar en España buenos cuchillos, buenas tijeras, buenas agujas, buenas herraduras ó buenos calderos, en urge estas cosas á Madrid, y no solo á Madrid, sino á los comercios de Puerta-Cerrada. Allí es donde naturalmente debia residir y residia el personaje de que voy á decir algo, y hablo en presente porque el sujeto en cuestion murió hace ya mas de doscientos años.

¿Quién era este hombre, este calderero, esta persona que á pesar de su humilde condicion anseita todavia un recuerdo al cabo de doscientos años, atravesando por decirlo así el dique de ese templo de la inmortalidad á que vanamente aspiran muchos otros ayudados por las alas de un elevado nacimiento? ¿Acaso el talento de hacer buenos calderos vale la pena de lanzar un nombre á la posteridad? Sin duda alguna se puede contestar afirmativamente, si el mencionado calderero hubiese trabajado el latón con tanto primor como el señor Manolito Ganquez el de Sevilla, de quien voy á referir una anécdota.

Paréceme que en cierta ocasion paseaba cierto personaje á caballo por las calles de Sevilla sin hallar obstáculo alguno á su paso, hasta que llegó á la puerta del señor Manolito, donde el caballo, ázabe por manechas, se detuvo de repente como si hubiera encontrado una barrera. Fichaba el caballero, y sacudia el látigo de lo lindo sin que su caballo quisiera dar un paso, y sin que él pudiera explicarse la razon de este raro fenómeno; visto lo cual por el señor Manolito, abrió á la puerta de su casa, quitó un velón que tenia de muestra, dirigió al caballero la palabra en estos términos: «Pase en señoría» y el caballo pasó inmediatamente.

¿Por qué pasó el caballo luego que había desaparecido el velón? Porque el velón tenia entre otros adornos un león de bronce tan bien hecho, que sin duda el caballo debió tomarlo por un león del desierto, y esto es lo que le impidió pasar adelante. «Ya te ve», decía el señor Manolito, ¿como yo hago las cosas tan á lo vivo!...

Ahora bien, insistió un Jo que llevo dicho. Si el calderero de Puerta-Cerrada hubiera trabajado en su oficio con tanto primor como el celebre velonero de Sevilla, claro es que habria alcanzado la fama postuma sin otra habilidad que la de hacer calderos; pero nó era por este camino donde el destino quiso lanzar á la posteridad la reputacion de nuestro talid-tero, aunque este hizo buenos calderos y buenas calderas, sin hacer jamas una tan soberbia como aquella de que se trata en el cuento que voy á referir.

Reunieronse en Madrid dos grandes embusteros, uno gallego y otro andaluz, de los cuales el uno suponía tener extraordinariamente larga la vista, y el otro espantosamente delicado el oído.

—Yo, decía el gallego, voy desde aquí á la mujer del carpintero de la ratonera de Toledo que está bordando en el tejado de la torre de dicha retiral... Por cierto, añadió, que se la ha caído la aguja.

—En efecto, contestó el andaluz, yo he sentido el golpe.

Después de ponderar uno y otro sus gracias personales, pasaron los dos embusteros á enunciar las cosas extraordinarias de sus provincias respectivas.

—En mi tierra, dijo el gallego, hay una col. bajo cuyas hojas puede acuartelarse un ejército como el de Napoleón, sin que á ningún soldado le falte sombra.

—Ahí, en Andalucía, respondió el otro, no hay coler tan grandes, pero en cambio las artes han llegado al mas alto grado de esplendor. Ahora mismo se está construyendo en Granada una caldera de tales dimensiones, que trabaja en ella mas de veinte mil hombres, y están tan separados los unos de los otros, que ninguno alcanza á ver los martilleos del aparato mas cercano.

—¿Para qué diablos hacen tan enorme caldera? preguntó el gallego.

—Para cocer la col de la tierra, contestó el andaluz.

El calderero de Puerta-Cerrada no hacía tan colosales obras, ni pasaba tal vez de ser una medianía en el arte de hacer calderos, pero en cambio... ¿lo creáis Vds.? Este calderero era un excelente poeta, era tan buen poeta, que aunque vivía en el siglo de Oro de nuestra poesía, esto es, en el reinado de Felipe IV, tenía muchos rivales dignos de él en el arte de hacer versos que en el de hacer calderas.

Esto sería incomprendible en Francia; pero es muy natural en España, patria de los poetas, y lo que es más, de los improvisadores, donde hasta la gente más ignorante del campo hace versos, y aun buenos versos, sin duda por lo que ayuda á esta facilidad el privilegio de la lengua castellana tan rica de gala y de armonía, en una palabra, tan nutrida de aquellas condiciones que la colocan en primer término entre las lenguas poéticas, aunque por esta misma razón dista mucho de las filosóficas.

Dijo entre paréntesis que el pueblo español no es solo poeta por el privilegio de su magnífica lengua, sino por la riqueza de su imaginación y por los sentimientos delicados que germinan por lo común en los corazones meridionales.

Volvamos al calderero. Este buen hombre tenía tal facilidad para la versificación, y emitía pensamientos tan originales en sus versos, que pronto la fama de su número pasó de la vecindad á otras personas de buena posición social, de estas á Calderon, Lope de Vega, Quevedo y otros grandes poetas de la época, y por último al rey Felipe IV, que como es sabido, era apasionado de las musas.

Contábase en la corte muchas ocurrencias que probaban el talento particular del calderero para la improvisación, ocurrencias que merecían la aprobación del monarca, hombre competente en la materia, porque cultivaba la poesía también, y los elogios de los eminentes poetas que brillaron en el reinado y corte de Felipe IV. Decíase entre otras cosas como presentándose en casa del calderero dos vecinos suyos, herrador el uno y cirujano el otro, y habiéndose estos agnaciado con estas palabras: « Dos maestros diferentes, » contestó inmediatamente el calderero con esta epigramática redondilla:

¡Tierra! ¿cómo los consienten?
¡Trágalos por una pata!
¡Uno hierro... y otro mata!...
Dos maestros diferentes.

En otra ocasión, hallándose el calderero de broma con varios amigos suyos, bebió tanta limonada, que se embriagó. Para que muchos no se estrañen al oír decir que un hombre se achispó bebiendo limonada, explicaré la diferencia que hay de la limonada al agua de limón, y esta es tan enorme, como que el agua de limón, esto mismo lo dice, es limón con agua, y la limonada es vino con zumo de limón.

Generalmente en los pueblos de Castilla, y lo mismo debía suceder entonces entre los madrileños de humilde condición, la limonada es el alma de toda broma, y para disponer el paladar á esta bebida de cuyo agradable, puesto que se compone de buen vino, limón, azúcar y canela, suelen comer con abundancia pan y queso. Esto es lo que aconteció en la broma á que me refiero. El calderero comió tanto pan y tanto queso, que necesitó remojar á menudo el paladar con limonada, y bebió tanta limonada, que tomó esa cosa conocida en nuestra lengua por todas estas y otros varios nombres que no quiero recordar: horrachera, chispa, lobo, carpanta á mona.

—¡Válgame Dios! dijo uno de los cómplices de la broma. Ahora es cuando yo quisiera ver brillar la vena poética de nuestro consocio.

—Sí, si, dijeron los demás. ¿Qué improvises! ¿que diga algo bueno!

El calderero había bebido mucho, pero no había notado la sed; de manera, que se negó abiertamente á improvisar si no le dejaban comer y beber de nuevo. Esta condición no fué aceptada por los demás que tenían con fundamento causar algun estrago en la salud del calderero si le daban lo que pedía, por lo cual trataron de distraerle nuevamente obligándole á improvisar. Pero el hombre continuaba cada vez más con su lema, y esto produjo una especie de transición.

—Está bien, dijo uno de los concurrentes; nosotros te daremos más tarde lo que pides, pero es necesario que improvises ahora alguna cuarteta.

—Venga un pie, contestó el calderero.

El individuo que había propuesto la transacción se apresuró á dar un pie para la cuarteta este octosílabo, sujeto á las circunstancias del momento:

Queso, pan y limonada.

El calderero se detuvo un instante á pensar lo que debía decir, y

luego que biltizó un poco sus ideas, glosó de esta manera el mencionado verso:

Una mona tenga alada,
Y no la quiero soltar
Si no me vuelven á dar
Queso, pan y limonada.

Estas y otras muchas ocurrencias que no han sobrevivido aumentaron hasta tal punto la popularidad del poeta calderero, que el rey Felipe IV quiso conocerle, y mandó á Quevedo que se lo presentase al día siguiente, como en efecto se verificó, pues Quevedo tenía ya el gusto de conocer al calderero.

Por desgracia en aquellos días ocurrió la sublevación de Portugal, pérdida de un reino en que el célebre Olivares suponía que el rey ganaba un ducado; se temía de un momento á otro la insurrección de Andalucía; estaban inquietos los ánimos en Cataluña, y todas estas cosas hicieron que el rey no estuviese de bastante buen humor para recibir al calderero. Este se presentó sin embargo acompañado de Quevedo á tiempo que el rey iba á salir de palacio para dar un paseo, de modo que Felipe IV le concedió una corta audiencia, en la cual comprendió bien el monarca que no le habían engañado los que le habían elogiado el número poético del calderero.

—Y bien, dijo el rey, dirigiendo este verso al humilde poeta. Dícnome que viertes partes.

El calderero contestó sin detenerse:

« Si señor; mas son de cobre,
Y como las vierte un pobre
Nadie se baja á rogarle.»

Como verán mis lectores, la contestación del calderero es algo más que una respuesta aguda, es toda una obra de filosofía: es una de las réplicas que habrían bastado á engrandecer á un hombre en los tiempos en que florecía Atenas por la excelencia de sus ingenios. Buenos versos, oportunidad, analogía, elevación de pensamiento, gala de diction, todo brilla en la respuesta á la par que el orgullo del hombre que no se cree debidamente recompensado por la sociedad en que nace condenado á vivir y morir.

El rey Felipe IV se retiró complaciéndose de la pequeña compensación que daba el destino á su reciente pérdida. La nación en que reinaba tenía un poeta más y una provincia menos. El poeta es el que no tuvo mas recompensa que la de ver su vanidad honrada por la aprobación del monarca y de otros hombres eminentes; pero ¿qué digo? ¿por ventura no logró con tan pocos versos pasar á la posteridad? Sin duda que sí, pues aunque se ignora su nombre, no se ignora que existió un hombre de mérito, cuyo nombre y apellido ignoramos y á quien por esta razón tomamos que llamar simplemente el calderero de Puerta-Cerrada.

J. M. VILLEGAS.

ESPAÑO EN MÉJICO.

Méjico, emporio de reyes,
Ciudad soberbia y famosa,
Regalo de emperadores,
Como en nuestro mundo Roma.
Méjico, la hermosa villa,
Perla de la Tullana zona,
Cuyas torres son de plata
Y sus paredes de aljófar;
Méjico, cuna de bravos,
Emperatriz cuya pompa
El brillo del sol desluzca,
La gala del hielo asombra,
Ora por la vez primera
De su orgullo se despoja,
Y tiembla como una esclava
Envilecida y sin honra.
A las puertas del palacio
Dónde Motecuma mora,
Emperador mas valiente
De cuantos eñen corona.
La muchedumbre del pueblo
Con negra angustia se agolpa,
Y como emjambre de avispas
Zumba, chilla y alborota.
En vano la guardia régia
Al silencio les exorta,
Que do la paciencia falta
El respeto está de sobra.
Niñares, viejos y niños

Gitan, se aligen y lloran,
 Mientras los fuertes varones
 Dan rienda suelta á su cólera;
 Porque ha esparcido la fama
 Con los ecos de sus trompas
 De Hernán Cortés y su gente
 Las hazañas y victorias.
 Al cabo á los miradores
 Del régio alcázar asoma
 Un mago que á las estrellas
 Los altos secretos roba,
 Y al verlo el pueblo, su espanto
 Por aquel momento ahoga,
 Y en súbita y honda calma
 Cierra su millón de bocas;
 Bien así como en intervalo
 De tempestad horrorosa,
 Sus alas el viento pliega
 Sobre las dormidas olas.
 —«Mejicanos, dijo el mago,
 Cuando la luz de la aurora
 Con rojas tintas se viste
 Sangre y destruccion denota;
 Cuando el agua de los rios
 Triste murmura á deshora,
 Las perlas que se deslizan
 Son de llanto precursoras.
 Cuando las pintadas aves
 Calladas el aire cortan,
 Es porque espantadas huyen
 De alguna desdicha próxima.
 En fin, cuando las estrellas
 No relucen en la sombra,
 Y por el cielo la luna
 Camina pálida y sola,
 Es porque densos vapores
 Su luz purísima borran.
 ¿Lo oís? Pues bien, mejicanos,
 Estas señales se notan
 En ese cielo sin término
 Que os cubre como una bóveda.
 Ancho libro misterioso
 En cuya azulada hoja
 Sus pensamientos los dioses
 Con ricos diamantes bordan.
 No esperéis, pues, bienandanzas,
 Porque ha llegado la hora
 En que negras profecías
 Su negro velo descorran.
 Sabed, valientes guerreros,
 Que han llegado á nuestra costa,
 En alas de la fortuna
 Sobre gigantes canoas,
 Hijos del sol encubierto,
 Bajo nuestra misma forma.
 Su padre les dió los rayos
 Que el Dios de los truenos forja,
 Y cuando airados los lanzan
 Campos y pueblos asolan.
 Por esto á su récio empuje
 Tabasco sus armas postra,
 Y se humillan Zempoala
 Y Quieslaban con su tropa,
 Y los héroes de Tlasecala
 Como pájaros se azoran.
 ¡Ay de la ciudad invicta!...
 ¡Ay de la imperial matrona,
 Si esos dioses orientales
 A su enojo se abandonan!...
 Entonces serán tus torres
 Diamantes que el agua enloda,
 Turbillones de ceniza
 Que el récio huracán arrolla.
 Cobarcos serán tus lagunas
 Dónde caerá gota á gota
 La sangre de esos valientes
 Que en tu recinto atesoras.
 ¡Ay de tí, madre de reyes,
 Ciudad soberbia y famosa,

Regalo de emperadores,
 Perla de la indiana zona!
 Si el enojo de tus dioses
 Con harta sangre no borras,
 De las iras celestiales
 Escarnio será tu pompa.»

Calló el mago, y roneo ahullido
 Que el inmenso espacio asorda
 Lanzó la audaz muchedumbre
 Confundida y temblorosa.
 Bien así como el torrente
 Que encuentra la valla rota
 Y por la estensa llanura
 Hebramando se desborda.

ANTONIO HURTADO.

A LOS LECTORES

DEL

SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

El SEMANARIO, cuyo primer número vió la luz pública en Abril de 1836 y de cuya direccion me encargué en Junio de 1846, pasa á otras manos desde 1.º de Enero de 1856.

Diez años, de los 20 que cuenta de vida, he tenido la honra de hallarme al frente de esta publicacion, tan apreciada del público, de tan gratos recuerdos para mí, que cuento unidas á sus páginas, dulces impresiones de mis mejores años, alegres reflejos de mi juventud, memorias placenteras de horas tranquilas, que forman el mas grato periodo de la vida.

El SEMANARIO fué desde su fundacion mi lectura amena, lo cual vale tanto como decir que ha sido mi mejor amigo, casi desde la niñez: el SEMANARIO dió publicidad á las primeras cuartillas, que lleno de desconfianza y ocultando mi nombre con un pseudónimo, me aventuré á lanzar al público con las misteriosas precauciones del que comete una accion reprehensible: el SEMANARIO fué quien hizo la revelacion de mi oscuro nombre, bautismo literario que tantos y tan penosos esfuerzos cuesta á la juventud: el SEMANARIO, en fin, ha sido la base de una fortuna modesta y laboriosa, el fundamento de un vasto establecimiento literario, que ha procurado con algun éxito propagar la civilizacion, y la fuente de que han brotado otros periódicos que se hallan hoy en pleno goce de las simpatías del público.

La pluma que hace diez años, dedicaba una página de esta publicacion pidiendo la proteccion necesaria, para acometer la empresa de restaurar el SEMANARIO, necesita escribir hoy algunas frases, mas penosas en verdad, para trazar una despedida, que atestigüe su gratitud al público, su cariño á esta publicacion, á la cual se reconoce deudora, de la influencia, que hoy pueda tener.

Siete años, hasta 1845, contaba el SEMANARIO bajo la direccion de su distinguido fundador el Sr. Mesonero Romanos y mas de 3,000 personas habian llegado á formar su clientela, cuando este periódico pasó á ser propiedad de otra persona, para sufrir tres traspasos en tres años.

Cuatrocientos sesenta y dos suscritores y un pronóstico de muerte, consignado en la última página del tomo de 1845, eran los elementos que acompañaban al SEMANARIO, cuando el autor de estas líneas recibía el encargo de salvarle, del triste porvenir á que parecía destinado, en vista de los funestos síntomas de muerte próxima que en él se advertían, y de este tristísimo diagnóstico que se leía al final del último volumen:

«Cuando á principios del año que espira, decía la despedida de la anterior empresa echamos sobre nuestros débiles hombros la pesada carga, de prolongar la existencia de un periódico caduco ya, no se nos ocultó la imposibilidad de llevarlo á los primeros años de su vida y mas adelante el buen deseo que nunca nos abandonó, nos impulsó á invitar á los antiguos y primitivos fundadores del periódico para que lo estableciesen y animasen con sus respetables firmas. Por razones confidenciales, que no son del caso exponer, se negaron estos señores á complacernos, interin el SEMANARIO lleváta este título, sin consideracion á empresas, ni á ruegos de amistad. Despues de otras trances igualmente desconsoladoras cerraba este valudo flujal á los suscritores la siguiente sentencia». «La segunda época de un periódico, es siempre la transición de la juventud á la vejezidad».

Año y medio despues, en Enero de 1848, los 462 suscritores se habian convertido en 5,480; los antiguos colaboradores del Sr. Mesonero, que habian cedido á autores anónimos las columnas del SEMANARIO, le enriquecian con sus escritos y dibujos, y nuestras primeras reputaciones literarias y artisticas, alejadas de este periódico mucho tiempo hacia, le consagraba sus trabajos con tanta ó mas predilección que en su primera época.

Al público que así premió mis esfuerzos para salvar el SEMANARIO, á los escritores que así respondieron á mi llamamiento, debo esta solemne declaracion de mi profunda y eterna gratitud, por apoyo tan decidido, sin el cual hubieran sido inútiles los ardiendes descos que yo tenia, de devolver su carácter propio, su índole especial á esta publicacion, verdadero monumento de las letras y las artes españolas contemporáneas; enciclopedia especialísima que no reconoce rival en España; archivo de datos importantes que forzosamente ha de consultar todo el que concienzudamente haya de hacer algun estudio sobre nuestro país; una de las pocas obras de nuestros tiempos, que sin otros elementos que los de su propio plan, sin otra proteccion que la del público, está destinada á sobrevivir, á esta época en que tanto se publica, pero que tan poco ha de legar mas allá de nuestros dias.

Seis años he consagrado un trabajo asiduo á la direccion de este periódico y tales como son, seis volúmenes, los de 1847 á 1852, me precio de haber llevado á las bibliotecas de los lectores del SEMANARIO, dignos en mi concepto, de las antiguas tradiciones que de sus mejores tiempos habia dejado antes de mi época.

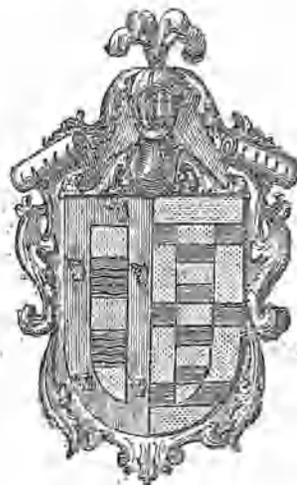
Circunstancias que no son del caso, fueron distrayendo mi atención y rebajando un tanto el interés de este periódico; una larga serie de complicadissimos sucesos, alteró la índole de mis tareas y me lanzó de lleno en ocupaciones menos tranquilas y harto mas áridas y penosas que la direccion del SEMANARIO: sus últimos tiempos se han resentido de este cambio en mi vida, debo confesarlo aqui lealmente, y esta es la razon que

me ha determinado á enagenar mi trabajo predilecto, bien que cuidando de confiarle, á quien tenga las condiciones necesarias para enaltecer antes que permitir decaiga esta publicacion tan justamente estimada.

Todas las reune su nuevo director y propietario el Sr. D. Eduardo Gasset, que como antiguo colaborador del SEMANARIO, tiene en sus páginas buenos precedentes para sus lectores; á él pues queda confiada desde hoy, la continuacion de esta obra, que no tiene fin mientras haya un monumento que sacar del polvo ó salvar de la ruina; un español célebre que levantar de su tumba y que ofrecer como ejemplo, un escritor ambicioso de gloria, que quiere estampar dignamente su nombre, en un periódico donde han consignado el suyo, todas, absolutamente todas las mas altas reputaciones literarias y artisticas que ha tenido España, en los últimos 20 años.

No cerraré estas líneas, sin dedicar una palabra de despedida á la prensa de todos géneros, que en los diez años en que el SEMANARIO ha estado bajo mi exclusiva direccion, solo ha tenido para él elogios, tanto mas gratos para mi, cuanto que *ni uno solo* ha sido resultado de cierto sistema de excesiva confianza que muchos autores y editores, han llegado á poner en moda en estos últimos tiempos. Por último: lo inofensivo y modesto de mi tarea de diez años, á que pongo fin con estas líneas, no escusa que haga la declaracion solemne de que ahora y siempre, aceptaré la responsabilidad de todos los artículos míos, que anónimos ó suscritos con alguna inicial ó con mi firma, han aparecido en el SEMANARIO durante mi época; ni estorba que manifieste, que en todo tiempo responderá mi corazon con latidos de gratitud, á la benevolencia que he debido á los ilustrados lectores de este periódico y que contaré toda mi vida, como uno de mis mas lisongeros títulos, haber formado 10 tomos del SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

Angel Fernandez de los Rios.



FIN DEL TOMO XX.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO, á cargo de D. G. Albarrá.

INDICE.

TABLA DE ARTICULOS.

ESPAÑA PINTURESCA Y MONUMENTAL.

El Ex-monasterio de Nuestra Señora del Espino, página 2.—Parroquia de San Pablo en Zaragoza, 3.—Miranda de Ebro, 18.—Monumento de Sagunto, 63.—Estátua del difunto obispo de Cádiz, por don Leoncio Baglietto, 116.—Alicante artística y monumental. San Nicolás, 121.—El átrio de la catedral de Córdoba, (vulgo el patio de los narajos), 137.—Fachada principal de la catedral de La Seo de Zaragoza, (indicado del capítulo de su torre), 153.—Zaragoza artística y monumental. Real Alcázar de la Aljafería ó aljajería, 169.—Castillo de Tiar en el campo de Salinas, después convento, y hoy casa ruinosa de la dehesa de Campomar, 225.—Portada del N. en la parroquia de San Pablo de Zaragoza, 249.—Santuario de Nuestra Señora de Monlero en Lina, 257.—Establecimiento de aguas minerales sulfurosas, 263.—Bajo relieve de la sillería baja en el coro de la catedral de Toledo, que representa la rendición de la villa de Seseñal en el reino de Granada, 275.—Sillería baja del coro de la catedral de Toledo, bajo relieve que representa la entrega de Baza, 289.—Bajo relieve que representa el asalto y entrega de Ronda, 297.—Estátua de don Diego López de Haro, señor de Vizcaya, 308.—La catedral de Mondoñedo, 331.—Casas consistoriales de Burgos, 321.—El ex-monasterio de la Espina, 329, 330.—El rey se divierte, 355.—Real monasterio de San Millán de la Cogolla ó Cogulla, 357.—La granja de Somonte, (vulgo la caseta de don Ventura), 355.—Alabaca, 409.

BIOGRAFIAS.

Luis XI rey de Francia, página 82.—Relación auténtica é inédita de la muerte de María Escudé, 105.—Metastasio, 145.—Don Diego de Anaya y Mallonado, 155.—Aristo y Tasso, 379.—Córtoz XII, 395.

ESTUDIOS LITERARIOS.

Teatro antiguo, páginas 25, 30, 38.—Utilidad del estudio de las letras, 81.—El Teatro antiguo, 201.—Literatura española, 249.—Poetas famosos.—Autor ó Autora. Ebo Xodad, el Abrita, 348.—Extracto de un ensayo inédito, sobre la sátira latina, 410.

VIAJES.

Carruajes rusos, 15.—El puerto de Bahía, 17.—Una hora en una ruina. (Recuerdo de la aldea de Montaucon), 54.—Los salmoneos delante de su tienda, 41.—La sistema de las mil y una columnas, 41.—La Sclitza, (carruaje rústico de la Suiza), 49.—La prisión de Sócrates en Atenas, 69.—California. Una visita á la ciudad de San Francisco, 74.—El Istmo de Suez y el de Panamá, 122.—Sobre el Perú, 129.—Fenómenos de la naturaleza. El Etna, 151.—El Istmo de Suez, 161.—Los Birmanes, 170.—Las excavaciones mas recientes de Pompeya, 199.—El Bambú de China, 230.—Un día de campo en la Habana; (recuerdo de un viaje), 238.—Las rocas de Brimham, (Inglaterra), 515.—Canoa de Iava huyendo de un libran, 543.—El día del año en China, 564.—El monumento de Pedro el Grande, 585.—Los baños minerales de Ems, 587.—El Matión, 594.—La montaña magnética de Santo Domingo, 597.—El ejército de la China, 598.

ESTUDIO LITERARIOS.

Noticias relativas al marquésado de Denia, página 11.—El Carnaval, estudio comparativo de las costumbres de la época, 51.—Cronología árabe, 59.—Los templarios, 73.—Sobre el antiguo Consejo y Cámara de Castilla,

134.—El venerable padre Cristóbal de Santo Catalina, presbítero, 377.—El gran terremoto de Lisboa en el año de 1755, 315.—Una crónica del siglo X, 335.—Cronicon escrito por Sempiro, obispo de Astorga, por los años de 1000, 335 y 361.—La Señal, 365.—D-el traje bajo el punto de vista de la historia, del gusto y de las artes, 363, 371.—El grupo fúnebre episodio de la conquista del Perú, 365, 375.—Ensayos hechos por los pueblos antiguos y modernos, para componer un calendario exacto, 377.—Entrega del puerto Larache á los españoles en 1610, 381.

COSTUMBRES ESTRANJERAS

Paris y la fiesta de Bath en 1849, 383.

NOVELAS Y CUENTOS.

Una apuesta (A Fernán-Caballero), páginas 4, 15, 21, 30, 57, 59, 43, 53, 60, 70, 77, 88, 94.—Lazarino, 6, 11.—La flor preciosa, (Traducción por Fernán-Caballero), 15.—Tribulaciones de un remediador (Cuento popular por Fernán-Caballero), 20.—Lo que es un hombre de ingebio, 28.—Santa Justa y Santa Rufina (Chasacrillo), 52.—El error de un ángel, 53.—Justa y Rufina. Relación por Fernán-Caballero, 75, 83, 90, 102, 127, 153, 142.—El puente de la Abadía, 81.—La gruta del hombre muerto, 91.—Bautista Montauban (Cuento), 100, 107, 115.—La corte del Almirante, 105, 110, 118, 125, 132, 141, 140, 157, 164, 172, 181, 183.—Lágrimas del alma, 114.—Ulrico de Andas, 166, 183, 187, 195, 206, 214.—Aventuras de un loco coronado, 188, 197, 205, 220, 229, 236, 244, 254, 265, 271, 278, 283, 294, 301, 310, 318, 323, 334, 340, 347, 358, 374.—La noche de bodas, 190.—Pobre poeta! 191.—Guacastari, 203, 291, 298.—Lo que se ve desde una torre cristiana, 213.—Antiguadas rancias mandadas á recoger, y que saca á luz Fernán-Caballero, 215.—La vuelta de Juan Perez, 219, 229, 335, 341.—No hay mal que por bien no venga, 355.—El fumador de Naquic, ó historia de un gran de trigo, 258, 245.—Los dos premios, 249, 250.—Los funerales de un vivo, cantados por un difunto, 252.—Los tres narajos y algunas gotas de agua, 285.—El Barbo de Liebo (Cuento popular), 259.—Un nido vacío, 261.—Una escursión estudiantina, 267, 278, 285, 291.—Leds, 269, 273.—Azella y los Willis. Balada, 273, 284.—Ultimo amor (fantasia), 280.—Astucia, 288.—Una punta de cigarro, 292.—Recuerdos de un viaje. Un baile, 307.—¡Vuelvo! Historia de unos amores, 322, 330.—Lefia. Balada, 341.—Un casamiento al vapor, 308.—Un paraíso contemporáneo, 369.—La cometa de Haves, 382.—El calderero de Puerta Cerrada, 415.—Ricardo Digby, leyenda americana por Nathaniel Hawthorne, 407, 412.—El ruiseñor del Harenx, 405.—Cadencia sostenida, 405.—La estrella de la mañana, 503, 401.—La cometa de Haves, 590.—La mano roja, por Nathaniel Hawthorne, 588, 593.

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

La vida literaria, página 17.—De alto á bajo, 27.—Tipos españoles modernos, 74.—La calle, 42.—La boisa y su rostro, á tres millas al rededor del Banco de Londres, 45.—La comedia á la ventura. Dos maridos. Fantasia de una noche de verano, 68.—La tax del matrimonio (cuento de costumbres), 227.—Los zapatos y el sombrero, 505.—Una velada en Triana, 405.—Las notabilidades, 401.

POESIAS.

El conde D. Julian, fábula, por D. Juan En-

genio Hartzembusch, 8.—Junto á la cuna, (cancelon de la madre) por D. Antonio Arnao, 8.—Las indirectas del Padre Cobos, por D. Juan Eugenio Hartzembusch, 16.—El Par, balada, por D. V. Hartzembusch, 16.—A mi amada ausente, soneto, por D. Fernando Gurrío, 24.—¡Dichosa tú! (A B...), por D. Antonio Arnao, 52.—Romances, por D. José González de Tejada, 52.—Romances, por D. José González de Tejada, 40.—Ducme, hijo mío, por Don Eduardo Gasset, 40.—La invención del circulo, fábula, por Juan Eugenio Hartzembusch, 48.—Para el album de la señorita Doña Carmen Baeza y Priego, por D. H. F. M., 56.—Poesía, por D. Eduardo Gasset, 64.—La cautiva, leyenda granadina del siglo XIV, por Don Emilio Lafuente Alcantara, 73, 80, 87, 95, 104, 111.—El ciervo, fábula, por D. Pascual Fernández Baeza, 120.—La Castellana, por D. Antonio Arnao, 128.—El milano y las Palomas, por D. Pascual Fernández Baeza, 156.—Delicias del siglo de oro, romance, por Don José González de Tejada, 156.—Madrid en Semana Santa, romance, por D. José González de Tejada, 144.—El timón y el piloto, por don Pascual Fernández Baeza, 144.—Calabazas á Petra, romance, por D. V. Martínez Muller, 152.—Los gorriónes. El escarmiento. Fábulas por D. Cástor Aguilera, 152.—A Corina, en su día, por M. C., 159.—A Tira, romances, por M. C., 159.—Club de madres Celestinas, por D. José González de Tejada, 160.—Lebrillas, por D. V. Martínez Muller, 168.—El empleo y la vejez, traducción libre de Anacreonte, por M. C., 168.—Romance, por D. José González de Tejada, 175.—El Tesoro, ó sea el Aldenno y la Fortuna, por D. Pascual Fernández Baeza, 175.—El Túmulo, por M. C., 175.—A Ella, por D. Ramon Florentino Morata, —Himno al Sol, por D. Gabriel García y Tassara, 392.—Celos.—Balada, por D. Juan A. Vidma, 400.—El ruiseñor, por D. José Selgas y Carrasco, 408.—Español en México, por D. Antonio Hurtado, 414.—Jerusalem y Cristo, por D. Timoteo Alfaro, 192.—Picaro mundo, por Fray Gerundio, 200.—La cita á la madrugada, soneto, por D. Antonio García Gutierrez, 200.—Quintilla, por D. M. B. de los Herreros, 200.—Epigrama, por Don Eulogio Florentino Sanz, 200.—Oriental, por D. José Zorrilla, 203.—A un chato, por D. Eduardo Asquerino, 208.—La verbena de San Antonio, por D. V. Martínez Muller, 216.—El alma de mi alma, serenata, por D. Juan de la Roca, 224.—Para el album de la emperatriz de los franceses, serenata, por D. José de Selgas, 221.—Un golpe en vago, por D. A. Hurtado, 252.—La union de España y Portugal, oda, por D. Juan Antonio Vidma, 259.—El Estío, por D. José Selgas y Carrasco, 218.—La paz del alma, por D. Eduardo Gasset, 248.—La Semana maritima, por D. José González de Tejada, 236.—En el jardín, por G., 264.—En el album de una desconocida, por D. Francisco del Villar, 264.—Romance lunebre, por D. José González de Tejada, 273.—Soneto, por D. Cástor Aguilera, 273.—El Anillo de la Virgen, leyenda histórica original (siglo XIV), 279, 287, 293, 505.—A Alemania. Al autor alemán Aderinger, conocido con el nombre de Lowe-Gonsin, por Carlos Rubio, 314.—Las Jamonas, canto festivo, por V. Martínez Muller, 311.—El cautivo, romance árabe, por Julio de Eguilaz, 320.—Madrid mojado, por D. José González de Tejada, 320.—Lebrilla, por D. V. Martínez Muller, 328.—El juicio final, por Emilio Blanchet, 336, 335, 331.—Fábula, por Eduardo Gasset, 332.—La Docecelia de Armgol, por D. José S. de Vidma, 339.—Memorias del verano, por D. José Gon-

males de Tejada, 367.—A unas flores marchitas, recuerdos de Elisa, romance por D. P. Javier Simonet, 376.—El Ministro, fábula irraducida del alemán, por D. J. E. Hartzbusch, 376.—Las naves á pique, por D. A. Hurtado, 385.

VARIEDADES.

Gastrónomos célebres. Página, 5.—La calma campestre, 9.—El libro del paseante, 9, 33, 59.—E-plicacion de algunas frases de que usan y abusan hoy día los periódicos, 19.—La guesa de una cubeta, 35.—Las máscaras, 41.—En títulos de comedia, todo es farsa en este mundo, 34.—La carrera del asno, 57.—Apun-

tes históricos sobre los órganos, 63, 124, 151.—El mono en el aparador, 65.—Una vision de Carlos V, 67.—Angeles del sueño, 75.—Melancolía, 85, 89.—Cuadro de naturaleza muerta, por Valsenburg, 89.—Máquina para coser, 94.—El amor como elemento del arte; considerado en la poesía lírico-irática de los proverbios, 97, 108, 115, 122, 134, 139, 151, 162, 170, 179, 209, 313, 338, 343.—Recuerdo del carnaval. (Fantasia), 90.—Recuerdos orientales, 159.—Órganos mecánicos con cilindros. Relojes orgánicos y órganos expresivos, etc., 140, 146.—A ella, 148.—Es la civilización el origen de la inmoralidad de las sociedades modernas? 154.—Las ilusiones, 158.—El emperador Carlos V en el monasterio de Yuste. (Cuadro de

C. Hergmann), 161.—El amor. Diferentes maneras de considerarlo, 165.—El pueblo poeta, 193.—Mis creencias, 196.—La caja de Pandora, 208.—Orejas de Midas, 208.—La Sonata, el concierto, fantasías y caprichos, 217.—La luna de Enero, 218.—Reloj de sobremesa, en forma de florero, 235.—Exposicion universal de Paris. Aparador de Mr. Nahat, 305.—El Peregrino, 318. (Traducido libremente de Walter Scott).—Bellas artes, 327.—Exposicion industrial de Paris. Jardinera por Mr. Taban, 332.—Costumbres y creencias religiosas, 363.—El Padrino Numen, 363, 372.—Cadenencia sostenida, 378.—Fabricacion de los chales de Cachemira, 381.—A los lectores del SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL, 415.

TABLA DE GRABADOS.

OBJETOS DE ARTE.

Cristóbal Colon delante de los Reyes Católicos á su vuelta de la conquista de América, página 1.—Sancho en la insula Barataria, 25.—La pesca en una cubeta. (Cuadro de lance en la galería de Vernon), 35.—(Estátua premiada en la exposicion de Berlin), 45.—Reclinatorio de Anacardo hecho por el tallista J. S. Fritsch de Viena, 55.—La carrera del Asno, 57.—El mono en el aparador. (Pintura de lance), 65.—Cuadro de naturaleza muerta por Valkenburg, 89.—La imagen de Jesucristo, 97.—(Estátua del obispo de Cádiz), 117.—La virgen de la bella jardinera. Cuadro en madera de Rafael, 143.—El emperador Carlos V en el monasterio de Yuste. (Cuadro de G. Hergmann), 161.—Estátua de don Diego Lopez de Haro, señor de Vizcaya, 308.—Estátua ecuestre de Pedro el Grande, 369.—Construccion moderna: casa del señor Isla Fernandez en la plazuela de San Martin, 593.—Sepulcro erigido en Madrid al conde de la Coruña, 401.

RETRATOS.

(Luis XI rey de Francia), 93.—(Mad. de Pompadour), 141.—(Mirabeau), 149.—Luísa de la Valiere, 191.—Federico II, 209.—(Napoleón, primer cónsul), 215.—Federico Schiller, 217.—El Duque de Choiseul, 221.—(Hernando de Céspedes), 229.—(Mad. de Pompadour), 244.—Don Gutierrez de Cárdenas, duque de Maqueda y Comendador de Leon, 297.—Lamarline, 333.—El V. P. Cristóbal de Santa Catalina, 377.—Don Alfonso el Sabio, 383.

DIBUJOS DE VIAJES.

(La prision de Sócrates), 69.—(Vista de Monterey en la California), 123.—(Ídolo chino), 216.—Kenenborg establecimiento para

la cura de afecciones nerviosas y la hipocondria, cerca de Esstingen en Alemania, 325.—Las rocas de Brimham. (Inglaterra), 315.

VISTAS.

Ex-monasterio de Nuestra Señora del Espino, Página 4.—(Retablo mayor en la iglesia parroquial de San Pablo en Zaragoza, 5.—El puerto de Bahía, 17.—(Miranda de Ebro), 21.—El puente de la Abadía, 81.—La santa capilla, 105.—El átrio de la catedral de Córdoba. (Vulgo el patio de los naranjos), 137.—Fachada principal de la catedral de La Seo de Zaragoza (Incendio del chapitel de su torre), 135.—La Santa capilla, 169.—Vista del hospital de la Princesa en el estado en que se encuentra, 177.—Convento de San Ginés en el campo de Salinas, provincia de Alicante, 201.—Lápida con una inscripcion del año 1441, en el castillo de Tiar, provincia de Alicante, 226.—Portada del N. en la parroquia de San Pablo de Zaragoza, 249.—Santuario de Nuestra Señora de Monhora en Luna, 257.—Baños de la Puda, 265.—Sillera de Toledo, 275.—Sillera baja de la catedral de Toledo.—Bajo relieve que representa la entrega de Ronda, 281.—Sillera baja de la catedral de Toledo.—Bajo relieve que representa la entrega de Baza, 289.—La catedral de Mondoñedo, 521.—Vista lateral del ex-monasterio de la Espina, 529.—Fachada del ex-monasterio de la Espina, 537.—El castillo de Orge, 361.—Alagon, 409.

GRABADOS VARIOS.

La calma campestre, página 9.—Carruajes rusos) 15.—Carruajes rusos, 57.—La Schlitz, (carruaje rústico de la Suiza) 49.—Angeles del sueño, 75.—(Máquina para coser; inventada en Manchester y destinada á la exposicion de Paris), 77.—Morir es renacer 113.—La

gracia de la niñez, 131.—La Esclava, 183.—La triste nueva, 129.—Reloj de sobremesa en forma de florero, 335.—Aparador que contiene objetos espuestos por Mr. Nahat, ebanista del emperador, 305.—Banderas cristianas que se hallaron en la memorable batalla de las Navas de Tolosa, 324.—(Jardinera por Mr. Taban), 332.—Canoa de Java huyendo de un tiburón, 345.—Escudo de armas, 416.—Diez viñetas, muestras de las del Anuario del ciudadano Español, y Almanaque del año de 1856, 569.—Peligros de Madrid. Las puertas se abren con requiebros. El amor es un instrumento para los ladrones, 568.

TIPOS.

Las kalmucos delante de su tienda. (Molino de las eruciones), página 41.—Aguador de Quito. (Ecuador), 61.—(La vuelta del soldado breton), 181.—Trajes sicilianos. (Hilandería), 241.

LAMINAS DE NOVELAS.

Bautista Montauban. Página, 101.—Aventuras de un loco coronado, 158, 189, 196, 197, 205, 257, 245, 255, 260, 261, 268, 269, 276, 277, 283, 285, 304, 309, 317, 325, 335, 340, 375, 381, 389, 397.—Leda, 276.—La gruta del hombre muerto, 65.

CARICATURAS.

Distraccion de los guerreros destinados á Crimea, 176.

VIÑETAS SIN TITULO.

Páginas 29, 109, 155, 184, 193, 234, 240, 265 y 344. De Juan de Padilla.

ERUDICIONES.

Páginas, 16, 32, 48, 61, 80, 86, 112, 100, 168, 208, 232, 243, 266, 288, 296.

